

LA PINTURA DE ECHEVARRIA

Echevarria deposita en el ara de la sensualidad su tributo amable y fino, pero esgrime a la vez la nota honda, severa y apasionada que todo buen español debe sacar en su hora. Nadie, acaso, logre fundir tan acertadamente lo uno y lo otro.

En sus cuadros de flores y lozas populares, telas y libros- objetos de pura presencia- el color y el convencionalismo son productos tan delicados y sonrientes que rechazan el calificativo tradicional de Bodegones. Son cuadros sin bautizar que nos sujetan con su alegría expansiva y con su ternura como si se tratase de una doncella femenina. Aquí, la obra de arte, es netamente moderna de sensibilidad y de materia.

Pero Echevarria tiene más exigencias. Tales cuadros son para él descansos, huelgas de la concentración. Las preferencias de su espíritu van hacia otro campo. Hacia lo psicológico y lo representativo. Se mece con voluptuosidad en el mundo de las cosas bellas y policromas, pero lo que le interesa varonilmente es el carácter humano. Y así, cada retrato es un estudio analítico del alma y un esfuerzo sintético de expresión y mantiene lucha seria con el problema individual que le ofrece cada sujeto; provoca, con retratos, diferentes estados de ánimo. Cada uno es un poema trabajado y rico ; henchido de intenciones concentradas. Son obras que se pueden contemplar en el transcurso de los días sin temor a que se agoten. Mañana dirán algo que hoy han callado. La obra que lo dice de golpe, suele ser mísera.

El retrato de Baroja es, en primer término, el reposo y la grandeza de la forma; luego, es una conciencia humana frente al dolor del mundo.

Prestase este retrato a un paragon curioso con el niño abulense, El Paria. En este hay un dolor sin conciencia, un dolor de bicho herido y sangrante, que ignora por qué le duele y por qué sangra; en el retrato hay la conciencia del dolor, la reflexión dolorosa.

Quien quiera medir la amplitud elástica de un temperamento artista pase desde el Baroja a la pequeña de Díez-Canedo, una criatura de marfil, seráfica y poshumana que emerge, como la claridad del ensueño, de un fondo celeste sembrado de flores blancas.

Colocado Echevarria entre las dos otras magnitudes, del arte vasco, Zuloaga y Arteta, vemos ondular en un desarrollo cinético la sensibilidad moderna, desde lo áspero, cruel y sombrío, hasta lo amable, lo compasivo y lo voluptuosamente elegiaco.

Cada uno de ellos bastaría para dignificar un momento de nuestra historia artística.

JOSE MORENO VILLA La Pintura Vasca. Antología 1909-1919.
Ed. Biblioteca Amigos del País, Bilbao 1919.

